

LA IMPROVISACION TEATRAL

por Sergio Vodanovic

Hace algún tiempo, los espectadores que, llamados por los anuncios de los diarios concurren al estreno de "Nosotros", en el Teatro Talía, se encontraron con la sorpresa que el espectáculo no se realizaría. Días atrás, los espectadores que concurren al estreno de "Una Sesión de Teatro Chileno y francés contemporáneo" en el Salón Sur, esperaron cincuenta minutos antes de que se iniciara la función y, en el transcurso de ella, pudieron observar cómo la improvisación de los directores de ese espectáculo, les ofrecía una versión de la obra de Cocteau, "El pobre marinero", que no correspondía ni a la calidad de la obra, ni a la de algunos de los intérpretes. Hace ya un mes o más, se estrenó en una pequeña sala céntrica, un intenso y hermoso drama de un comediógrafo italiano, pero que el público no pudo presenciar en su total valor, ya que el papel de mayor responsabilidad le fué encomendado a un aficionado que, por primera vez, se paraba sobre las tablas.

Son tres ejemplos. Demasiados para el corto tiempo que ha mediado entre ellos.

En cada uno de los casos que hemos enumerado, se podrán dar excusas, se podrá deslindar responsabilidades, pero ello no inculca el daño que se ha hecho a nuestro movimiento teatral. Si más de una vez, desde estas mismas columnas, nos hemos felicitado por el auge que principia a tomar el teatro en Santiago, no por eso debemos pensar que la labor está concluida. Aún queda por ganar la confianza de un numeroso público, confianza que hace veinte años desapareció por completo ante hechos semejantes a los que ahora vuelven a suceder y que dió margen al desaparecimiento de la actividad escénica en la capital.

Es sabido que García Burr, abandonó Chile, no por la caída de Perón que le abría las puertas de su patria, ni por una discusión de encendido tono con un

funcionario de la Satch. Estas fueron las causas inmediatas, pero antes de eso, hubo un consistente aplazamiento del estreno de su compañía ante la negativa del actor argentino a improvisar en escena, utilería y escenografía, como pretendían quienes tienen bajo su responsabilidad la dirección de los teatros de la Sociedad de Autores. No era sólo materia de unos centímetros más o menos en los cuadros que adornarían la escena, era el criterio de rigurosidad y honradez artística que debe presidir todo espectáculo que se entrega a un público, en contraposición con la buena voluntad que significa la transacción en detalles que lleva, a la postre, a la mediocridad artística.

En relación al caso de "El pobre marinero", cabe preguntarse si es posible arriesgar el bien ganado prestigio de una sala, como es el Teatro Sur del Hotel Carrera y exponer a un fracaso la ascendente carrera artística de Alicia Quiroga, con una pieza que obviamente no estaba aún en condiciones de presentarse en público y en que la escenografía no estaba completa y el tablero de luces parecía ser desconocido para quien operaba en él el día del estreno.

Es necesario, pues, señalar estos rebotes de la improvisación en nuestro medio teatral, no con un afán de señalar faltas, sino en un deseo de que se enmenden rumbos. Son éstos defectos de poca monta, para muchos, intrascendentes, tal vez, dentro de una actividad que se caracteriza por su seriedad y su progresión artística, pero que, en caso de multiplicarse, pueden socavar los aún no sólidos simientos del teatro en Chile.

La experiencia de generaciones anteriores que vieron cerrarse salas tras salas, convertidas posteriormente en cinematógrafos, por ausencia de una rigurosidad profesional, debe servir de precioso antecedente a quienes desde un escenario, o tras él, alimentan el interés teatral del público santiaguino.